

Sábado, 18 de febrero de 2017
“Aspectos acerca de la fe”

Hb 11,1-7

La fe es garantía de lo que se espera y prueba de lo que no se ve. Por ella fueron alabados nuestros mayores. Por la fe sabemos que el universo, tanto lo visible como lo invisible, fue formado por la palabra de Dios. Por la fe, ofreció Abel a Dios un sacrificio mejor que el de Caín. Por ella fue declarado justo y aprobó sus ofrendas. Y por ella, aunque muerto, sigue hablando.

Por la fe, Henoc fue arrebatado en vida y no experimentó la muerte; y nadie pudo hallarlo, porque lo arrebató Dios. Pero aún antes de su traslado, recibió el testimonio de haber agradado a Dios. Ahora bien, sin fe es imposible agradarle, pues el que se acerca a Dios ha de creer que existe y que recompensa a los que le buscan. Por la fe, Noé, advertido de lo que aún no se veía, construyó con religioso temor un arca para salvar a su familia; por la fe, condenó al mundo y llegó a ser heredero de la justicia según la fe.

La fe es una virtud teologal. Esto significa que es Dios mismo quien la infunde. Es un don que nos hace partícipes del conocimiento de Dios, lo que quiere decir que ya en nuestra vida terrena somos capaces de conocerlo, aunque sea como en un espejo, en enigma y solo de modo parcial, como dice San Pablo (cf. 1Cor 13,12).

Este conocimiento no nos sería posible solo a partir de la razón, pues ésta está limitada al conocimiento natural. Ciertamente la razón puede reconocer, a través de las obras de la creación, que Dios existe e incluso puede acertar con algunas de sus propiedades; pero no puede conocer a Dios como Él es.

Pongamos un ejemplo: que Dios es trino lo sabemos por la luz de la fe. La razón no podría descubrir esta verdad por sí sola; solo puede tratar de comprender aquello que la fe le dice. Lo mismo podríamos decir acerca de todos los dogmas y siempre llegaremos a la misma conclusión: la fe es la que nos permite conocer a Dios.

Así, pues, la fe es una luz clara que nos es concedida, una luz que hemos aceptado y que hemos de asumir también con nuestra voluntad. Al mismo tiempo, la fe es

también una luz oscura, en cuanto que todavía no podemos contemplar las verdades que ella nos descubre. ¿Qué será lo que nos espera en la eternidad, cuando hayamos pasado del creer al ver?

Con estas consideraciones se nos aclara la lectura de hoy: „La fe es garantía de lo que se espera y prueba de lo que no se ve“.

Como cristianos, esperamos la vida eterna que Jesús nos ha prometido si recorremos nuestra vida hasta el final en la gracia de Dios. Vivimos en la expectativa de esta otra vida; pero la vida eterna de algún modo ya empieza aquí, cuando vivimos de acuerdo a nuestra fe. Por medio de la fe, la verdad de Dios puede penetrar cada vez más en nosotros y aprendemos a mirar las cosas, las circunstancias, a las otras personas y nuestra propia vida en la luz de esa fe. Cada vez nos podemos aferrar con más fuerza a aquello que esperamos, porque a la luz de la fe lo comprendemos siempre mejor.

Pero, como hemos dicho, también está lo oscuro de la fe, pues no podemos ver las cosas en su plenitud. Esto significa que no podemos comprobarlas a través de nuestros sentidos, como sucede en el conocimiento científico. El hombre quisiera saber, quisiera poder confiarse de lo que ha reconocido y experimentado. También las personas de fe pueden tener crisis de fe, particularmente cuando les suceden cosas dolorosas que resultan difíciles de comprender con la razón y con el corazón.

En ese caso lo esencial es querer creer, por ejemplo, en la bondad de Dios y en su sabia providencia. Así, cuando lleguen pensamientos o sentimientos que pongan en duda estas verdades, nos aferramos a creer en la bondad de Dios, con un acto de la voluntad y con la oración, incluso si interiormente no sentimos esta verdad. Esto es, por así decir, un „acto de fe al desnudo“, un „salto mortal“ a la fe, pues nuestras emociones tratan de decirnos lo contrario.

El texto de hoy nos presenta algunos testigos de la fe, de los cuales nos enfocaremos en Noé, sobre quien ya hablamos en meditaciones anteriores. Él le creyó a Dios y construyó el arca con „religioso temor“, como dice el texto. Con este término, se hace mención de un importante elemento para nuestra vida espiritual: se trata de la obediencia de la fe. Es decir, que a aquello que he aceptado por la fe también le debo obediencia. Este concepto se hace más concreto cuando soy obediente a la

auténtica doctrina de la Iglesia. Pues ella (la Iglesia) ha recibido el encargo de velar sobre la fe y de sacar de ella el modo de actuar concreto para los fieles ante cada situación.

Dios, quien nos ha regalado el maravilloso don de la fe, quiere que lo vivamos, que lo acrecentemos, y que lo aprovechemos de forma concreta. Llama la atención que Jesús frecuentemente después de realizar curaciones afirma que fue la fe la que curó a la persona. La fe practicada es la condición por nuestra parte para que Dios pueda obrar. Dios quiere que creamos, y nos va quedando claro porqué.

La fe glorifica a Dios y ennoblece al hombre. Dios es glorificado porque el hombre, cuando cree, pone su confianza en Él y en su Revelación, a pesar de no poder ver. El hombre le da a Dios un „anticipo de confianza“, por expresarlo en términos humanos. ¡Le cree a Dios más que a sí mismo! Evidentemente esto glorifica a Dios, pues le permite actuar y manifestar cada vez más su amor. El creyente se hace testigo de su obra y de su amor y, a su vez, proclama la grandeza de Dios. María, la Madre de Dios, le creyó al ángel y exclamó en la visita a Isabel: „Proclama mi alma la grandeza del Señor...“ (cf. Lc 1,46)

El hombre es ennoblecido, porque ya en su vida terrena toma parte de forma consciente en el Reinado del amor de Dios. Gracias a la fe vive ya en la Tierra su vocación como hijo de Dios y descubre cada vez más aquello para lo cual Dios lo llamó a la vida.

Podemos y debemos pedir al Señor que aumente nuestra fe. Nunca será lo suficientemente grande; pero cuanto más grande sea, tanto más dará gloria a Dios, cuyo nombre ha de ser conocido en todo el mundo.